

LUIS PÁSARA

LA **ILUSIÓN** DE UN **PAÍS DISTINTO**

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José **ALVARADO** JESÚS **Diana** **ÁVILA**

Capítulo 2

Alberto DE BELAUNDE **Salvador DEL SOLAR** **Fernando EGUREN** **Alberto GONZALES** **Álvaro HENZLER** **Max HERNÁNDEZ** **Indira HUILCA** **Natalia IGUIÑIZ** **Jimena LEDGARD** **Vania MASÍAS** **Farid MATUK** **Jaime MONTOYA** **UGARTE** **Abelardo OQUENDO** **Cecilia OVIEDO** **Tania PARIONA** **Fernando ROSPIGLIOSI** **Gerardo SARAVIA** **Cecilia TOVAR** **SAMANEZ** **Paloma VALDEAVELLANO** **Victoria VILLANUEVA** **Joseph ZÁRATE**

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

ABELARDO OQUENDO

«COMENCÉ A INTERESARME POR LAS REVOLUCIONES PORQUE
VEÍA DETRÁS DE ELLAS UNA PROFUNDA HUMANIDAD...
LO QUE ME INTERESABA ERA QUE SACRIFICARAN SU VIDA,
SU TRANQUILIDAD, SU LIBERTAD POR SU IDEOLOGÍA,
POR LOS PRINCIPIOS QUE POSTULABAN».

La primera vez que aparece la política en mi mente, o en mi vida, fue muy temprano, tendría yo unos siete o seis años. Un pariente de mi padre se refugió dos veces en mi casa; era apриста, Fernando García Oquendo. Ahí se hablaba y yo, chico, entendía que la policía lo buscaba y después iban a detenerlo y estaba escondido en mi casa porque lo perseguían por político. La idea de la política se asoció con algo que se vinculaba al delito o, en todo caso, a una persecución del poder. Y esa persecución, obviamente, era injusta; por eso era que mi padre lo protegía. Esa es la idea que racionalizo ahora. La política efectivamente está ahí y aparece como algo peligroso, algo que no podía explicarme: por qué perseguían a un hombre que era inocente, que no había hecho otra cosa que hacer política, que meterse con el poder, con el sistema de gobierno.

Recuerdo otra imagen antigua, vinculada también con lo político, porque allí empiezo a ver que hay partidos, que hay aprismo, algo que se llama comunismo. Había una pared, que veía en el tránsito al colegio, que decía con grandes letras de molde negras sobre un paredón: «Comunismo es odio». Entonces existía el comunismo y me preocupé, porque a mí me interesaban mucho las palabras, en tanto que palabras, y buscaba siempre diccionarios. Iba a una biblioteca municipal a leer la Enciclopedia Espasa y busqué comunismo. Sería alrededor de los nueve o diez años y me enteré que había esto que se llamaba comunismo y ese letrado decía que estaba vinculado al odio.

Entonces, odio y persecución fueron mis primeros contactos con eso que llamamos la política. En mi medio familiar, nunca se hablaba de política. No había políticos en mi familia, salvo un joven pariente que después terminó yéndose a España y se unió a los republicanos.

Mi primer contacto físico con un político, con un gran político, fue por Bernardo García Oquendo. Cuando yo estaba por entrar a la universidad, o ya había entrado, muere García Oquendo, que había venido hacía poco, porque estuvo en España, peleó en la Guerra Civil y después estuvo viviendo en Chile. Vino al Perú con cáncer y se murió. Fui al entierro con mi padre y ahí estaba Haya de la Torre. Le di la mano a Haya de la Torre. Me pareció muy emocionante darle la mano a este señor, del cual no había leído mayor cosa.

En realidad, la idea de lo político, de lo que significaba ingresar a ello, aparece en la universidad. Nos pasa a todos, por lo general. Ya había leído algunas cosas, me comenzó a interesar la idea de revolución, la idea de cambio y esto estaba, por supuesto, vinculado a las izquierdas. Lo otro era lo de siempre, la gente que estaba más o menos conforme con lo que pasaba. Empecé entonces a interesarme por ciertas ideologías, a leer algunas cosas y a identificarme —más emocional que ideológicamente— con la lucha por los desposeídos, por los explotados. Pero era una cosa que no vinculaba mayormente a una actividad con la que pudiera comprometerme.

«CUANDO LEO *LOS RÍOS PROFUNDOS*,
ME DOY CUENTA DE QUE TODO ESTO
ERA INJUSTO, QUE NO PODÍA ADMITIRSE
LA MANERA DE SENTIR DE LA GENTE
QUE ME RODEABA Y LA MÍA MISMA».

Algo más consistente, en torno a una idea de la sociedad en la que las injusticias están arraigadas, fue mi lectura de *Los ríos profundos*. Es un poco curiosa la vinculación porque yo había nacido en un medio burgués, pequeño burgués, racista. ¡Quién no era racista en esa época! En la novela aparece la víctima del racismo. El serrano era parte del sector despreciado de la humanidad y yo no me había cuestionado nunca eso. Sí me parecía que se vestían más tradicionalmente, que eran las empleadas domésticas. Había asimilado eso y no me lo había cuestionado. Incluso cuando empieza mi interés por las ideas políticas, las ideologías, la izquierda, etcétera, esto era lo natural. Cuando leo *Los ríos profundos*, me doy cuenta de que todo esto era injusto, que no podía admitirse la manera de sentir de la gente que me rodeaba y la mía misma. Empiezo a mirar la realidad nacional y a interesarme por ella de otra manera. Llego a la preocupación social, la preocupación por la justicia en mi país, a través de la literatura y no a través de la sociología o de la política.

Lo que fue muy importante para mi visión del Perú y mi actitud frente a lo peruano fue Arguedas. Y, concretamente, ese bellissimo libro que es *Los ríos profundos*. Mi simpatía por la música, por la cultura andina, por el pasado prehispánico, está relacionada con esta lectura. Pero lo decisivo fue el ingreso a la universidad, porque ahí incluso los cursos —la historia de la sociedad, la sociología, los primeros cursos en estudios generales—, te conducían a pensar de otra manera, a interesarte en la teoría política, en el desarrollo de la historia. Pero nada de eso me llevó a la lectura de textos políticos. En realidad, he leído muy pocos textos políticos; los textos que leía eran más filosóficos. Es a través del interés que otros compañeros universitarios tenían por la cuestión política, que me voy informando y determinando una posición cada vez más atraída por la cosa idealista.

Comencé a interesarme por las revoluciones porque veía detrás de ellas una profunda humanidad. En la historia de las revoluciones me impresionó mucho la gente que se sacrificaba por la justicia. Incluso el APRA, en toda su etapa heroica, era eso. Más que las ideas de los apristas, las posiciones que podían tener, lo que me interesaba era que sacrificaran su vida, su tranquilidad, su libertad, por su ideología, por los principios que postulaban. Siempre he admirado eso. Inclusive eso todavía permanece en mí. Todo el repudio que puede provocar Sendero Luminoso, de alguna manera estuvo amainado para mí porque era gente que se estaba jugando la vida, que había entregado su vida a una causa que juzgaba justa, a algo que juzgaba necesario.

No me vinculé a ningún partido. No me interesó especialmente ninguno y llego al social-progresismo por amistades, simplemente. Quien más determinó mi interés por la política, intelectualmente más que activamente, fue la amistad de Mario Vargas Llosa. Cuando conozco a Vargas Llosa, él era tremendamente politizado y durante varios años éramos —con Luis Loayza— un trío que nos veíamos constantemente, que discutíamos constantemente, que estábamos siempre juntos. Luis Loayza y yo éramos fundamentalmente literarios y nuestra visión de las cosas estaba más determinada por lo estético, que por cualquier otra razón. Nuestras discusiones con Mario eran porque él veía las cosas desde la perspectiva política. Inclusive, a veces salíamos de una película y la discusión la planteaba Mario en torno de lo político, porque entonces él estaba totalmente cautivado por el compromiso del intelectual y por todas las ideas que había difundido Sartre con tanta intensidad en el mundo. Siempre eran discusiones.

Me fui empapando de estas ideas más que Loayza, a quien le interesaba menos el aspecto social, pero a mí me empezó a interesar más, a través de las discusiones con Mario. Además, me comencé a interesar más en la izquierda, a través de las discusiones y de la amistad con Vargas Llosa. Durante unos años, toda mi vida giraba en torno de estos dos amigos y muchos otros, no menos próximos, pero que estaban en el mundo de la literatura. Entre las amistades que hice había gente mayor.

Los Salazar Bondy, por ejemplo, Santiago Agurto Calvo y Adolfo Córdova, arquitectos ellos que formaron, junto con otras gentes, la agrupación Espacio, que se movía dentro de un denominador común más bien progresista, pero también muy vinculado al arte. Cuando, en 1958, Loayza y Mario Vargas se van a Europa —se exilian, se decía en esa época—, y me quedo sin estas amistades estrechísimas, se estaba formando un grupo de discusión política que es el germen del Movimiento Social Progresista (MSP). Mi vinculación con ellos me hace participar en una serie de discusiones, de actividades, de conversaciones, que eran muy políticas, que estaban muy en el pensamiento de lo que había que hacer, lo que había que abandonar, las cosas por las que había que luchar para que el Perú fuese algo mejor de lo que era.

Es así que, cuando se funda el MSP, estoy con este grupo. Desde muy temprano, desde el principio, integro el comité ejecutivo de este movimiento. Era un movimiento de discusiones de los temas importantes que había entonces. Nadie allí era realmente un político, en el sentido de activista. Creo que del grupo que formaba la directiva, Francisco Moncloa y Alberto Ruiz Eldredge, eran los políticos propiamente. Los demás era gente que conversaba, discutía temas y no estaba dispuesto a hacer mucho más que eso.

Se comenzó a generar una crisis en el partido. La revolución cubana era algo que nosotros respaldamos totalmente, hasta que Fidel se declaró marxista, comunista. Hubo entonces dos grupos: el de los que estaban totalmente con lo que decía Castro y aquellos a los que nos pareció mal su declaración. Nos pareció, al principio, que su posición era indispensable para subsistir después del bloqueo, pero después, simplemente, la asumió del todo. Pero aun así, la simpatía de todos nosotros, incluido yo, por la revolución cubana era inalienable. Cuando viajé a Cuba la primera vez, en 1970 —como jurado de uno de los premios de Casa de las Américas—, me pareció notable: la revolución todavía estaba muy fresca, había un enorme fervor en un pueblo que estaba viviendo pobremente, sacrificadamente, que había perdido muchas cosas, pero que tenía una gran esperanza de que su vida, la vida, iba a cambiar. Después vinieron los problemas de la revolución, vino la pérdida de esa floración de las libertades en el campo de las artes. Aparecieron los comisarios.

«TODAS LAS REVOLUCIONES
EMPEZABAN MUY BIEN, PERO
TERMINABAN MUY MAL.
Y TODAS LAS REVOLUCIONES
SE TRAICIONABAN PARA
SOSTENERSE EN EL PODER».

Al comienzo sí me parecía que era el camino para cambiar, que Cuba era una realidad que ya estaba en proceso de cambio sin las restricciones que se conocían en el mundo del socialismo. La revolución era para mí la justicia, la justicia social. Era, además, el término de la explotación y era la construcción de una sociedad más plenamente humana o humanitaria. La idea de la revolución como conquista armada no me parecía totalmente imprescindible. O, en todo caso, era un conflicto en el que yo no pensaba especialmente. Así había triunfado en Cuba, que no había sido propiamente una revolución muy sangrienta.

En la lectura de historia de las revoluciones habidas hasta entonces, lo que había empezado a ver, y aparecía cada vez más claramente para mí, era que todas las revoluciones empezaban muy bien, pero terminaban muy mal. Y que todas las revoluciones se traicionaban para sostenerse en el poder. Eso desde la Revolución Francesa en adelante, la Revolución Rusa, la Revolución Mexicana. Todo era la traición a los principios que las habían hecho importantes, la traición a todo aquello por lo cual la gente se había sacrificado, había perdido la vida y muchas cosas tan valiosas. De modo que había en mí el problema de la desconfianza, de si valía la pena, si era imprescindible sacrificar los valores que se postulaba al hacer la revolución, para que la revolución pudiera lograr sus ideales. Eso me parecía inaceptable y me sigue pareciendo inaceptable.

Cuando en 1983 volví a La Habana —también como jurado en el premio Casa de las Américas— ya había pasado lo de Heberto Padilla, el aire que se respiraba no era el mismo y nada justificaba que el país no progresara. Si miramos ahora a Cuba, es realmente tristísimo. La gente en Cuba ha vuelto a la prostitución, que está en todas las calles. La excusa puede ser la del cerco económico, la del bloqueo económico, pero no es solamente eso. Es algo que está mal, no sé qué cosa es, pero está mal. Es una revolución que ha fracasado; otra vez, todas las revoluciones fracasan. Y por ese camino, ver que todas las revoluciones fracasan, que la Unión Soviética significó mejor vida para millones de personas, pero que no justificaba los excesos del poder, el arraigo del poder, y todas sus ventajas, en una casta nueva, y todo lo que ya conocemos que son los vicios de las revoluciones.

El socialismo no era un socialismo auténtico. Eso que se produjo en China y en toda la órbita del socialismo en Europa, no era otra cosa que un fracaso de la revolución. Eso me fue haciendo escéptico y me fue apartando, no sin tristeza, de la utopía que está detrás de todas las revoluciones y que las impulsa, pero que no se ha realizado nunca en ellas, que no es realizable.

Ahí hay un problema complejo. Porque no ha habido nunca socialismo, no podemos decir que el socialismo sea malo o el comunismo sea malo, pero cuando el «socialismo real» fracasa definitivamente en 1980, cuando se derrumba todo ese aparato lleno de perversión, de mentira, me produce un escepticismo.

Mientras estábamos con el MSP activo, otro hecho que también determinó mi apartamiento y mi recelo en el ejercicio de la política, fue la actitud de las izquierdas, de los múltiples movimientos de izquierda, frente a nosotros. Nosotros, los social progresistas, éramos los pequeño-burgueses reaccionarios. Y, para la prensa, éramos los rojos, que defendíamos a Cuba. Realmente, la cosa era terrible por todos los pleitos internos de la izquierda. Yo soporté a la izquierda en la universidad, todo lo que hizo en la universidad. Era entonces profesor a tiempo completo en la Universidad Nacional de Ingeniería y fui director universitario cuando Santiago Agurto fue rector, que hizo un rectorado estupendo, pero terminó denunciado luego de unos choques feroces con la izquierda. La izquierda se había apoderado de la Universidad, se había apoderado de todo. La única manera de sacar a Vanguardia Revolucionaria y a Patria Roja de allí era trayendo a la policía y Santiago dijo: «No, no puedo llamar a la policía, prefiero renunciar». Renuncia Santiago Agurto cuando ya habían empezado las pintas en la calle que decían «traidor», porque era un hombre de izquierda que asume el rectorado y empieza a hacer reformas; como no quiso obedecer los planteamientos de los grupos más subversivos, entonces era un traidor. Toda esta forma de actuar, toda esta perversión y estos líos internos en la izquierda me decepcionaron profundamente de la izquierda. Creo que con esa izquierda, que todavía subsiste, no se puede hacer absolutamente nada.

Últimamente ha habido un aparente renacimiento de la izquierda y un acceso al poder de la izquierda en América Latina. Pero, ¿Chávez es un hombre de izquierda, los Kirchner eran gente de izquierda? No son izquierda y ni siquiera lo están haciendo bien, no provocan ninguna adhesión. El único que ha provocado una adhesión, más por sus actitudes, que por otra cosa, fue Mujica en Uruguay. Un hombre que andaba en su Volkswagen, que decía cosas interesantes, pero que no postulaba nada nuevo, salvo un ejemplo particular, pero que no hizo nada con Uruguay. Tampoco podía hacerlo, porque no había nada que hacer, no hay un programa basado en un planteamiento de fondo, al cual una colectividad pueda adherir. Este «renacimiento» de la izquierda en América Latina no es tal, no es izquierda ni derecha, no es nada, no es absolutamente nada.

«ME ENTUSIASMÓ QUE LA FUERZA
ARMADA PERUANA PUDIESE SUSCRIBIR
DISCURSOS COMO LOS QUE PRONUNCIABA
VELASCO... DECIR A LOS PEONES QUE EL
PATRÓN NO COMERÍA MÁS DE SU POBREZA
ME PARECÍA REALMENTE FORMIDABLE».

Estuve relativamente vinculado al velasquismo. La única participación que tuve fue haber ingresado a un periódico cuando la llamada socialización de la prensa. Pero me cuidé bien que ese periódico, *La Crónica*, en el que participé, no fuera un periódico socializado; desde antes era del gobierno, no fue algo que se hubiese usurpado a los propietarios. No porque la idea me desagradara en sí misma. El planteamiento era bueno: el gobierno toma los periódicos para trasladar cada uno a un sector social. Pero, además de que eso era absolutamente impracticable, tampoco tuvieron la intención de trasladarlo a nadie. En algún momento alguien me habló de si me animaría a dirigir *La Prensa* y dije «no» porque no tenía ninguna confianza en que el traslado se realizara sino que esto iba a seguir en manos del gobierno y de la OCI [Oficina Central de Información]. Dije que no, pero cuando se presentó la ocasión de *La Crónica*, donde íbamos a entrar un grupo de amigos —Guillermo Thorndike, Mirko Lauer, César Hildebrandt—, me pareció formidable porque no le estaba quitando nada a nadie, íbamos a mejorar algo que ya estaba allí, hasta donde fuera posible. Hicimos nuestra propia revolución dentro de *La Crónica*. Al año y pico nos botaron, por supuesto; terminamos renunciando y Mirko tuvo que refugiarse en la Embajada de México. Esto pinta un poco mi tipo de relación con el velasquismo.

Me entusiasmó que la fuerza armada peruana pudiese suscribir discursos como los que pronunciaba Velasco. Porque decir que el Ejército había estado al servicio de la oligarquía me parecía formidable. El decir a los peones que el patrón no comería más de su pobreza, también me parecía realmente formidable. En algún momento, mucha gente pensó que esto iba a ir más allá de lo que fue, pero bastante pronto empezaron a aparecer las objeciones, la desconfianza y, sobre todo, cuando entramos a *La Crónica* me di cuenta de que la cosa no iba a marchar porque llamaban a Thorndike y teníamos que cuidar ciertas cosas. Yo era el jefe de editorial y sabíamos que era mejor no opinar exactamente lo que estábamos pensando. Todo eso empezaba a molestarme y por eso nos fuimos de allí.

Nos dieron un lavado de cabeza porque Guillermo Thorndike había hablado con los Delgado Parker para que nos dieran un programa de televisión y nos dieron un programa de una hora. El primer tema que desarrollamos allí fue la reforma agraria. Yo escribí casi todo el texto de ese programa, que empezaba con una fotografía de los principales terratenientes, una foto carnet de cada quien y abajo, como en las fichas policiales, un número que decía: tres mil y tantas hectáreas. Era una cosa bastante chocante, bastante fuerte. El programa murió en su primer capítulo: llamaron a Thorndike y Delgado Parker aprovechó para liquidar el programa y no pagarnos.

Todas estas cosas ya anunciaban que no se iba por buen camino, que no se iba a poder hacer nada, porque además no sabían cómo hacerlo. Esa frase de «ni capitalista ni comunista, sino todo lo contrario», que era muy ingeniosa, me parece que encierra

una gran verdad, que es lo que hay que hacer ahora. Ni comunista ni capitalista, sino todo lo contrario, todo lo contrario del comunismo y del socialismo real y todo lo contrario del capitalismo, ese es el ideal. Pero ese ideal no se formula todavía.

Hoy en día me interesa cada vez menos la política, en el sentido de intervenir en ella. Después de todas las cosas que han pasado acá, en el país, lo que siento es una repulsión cada vez más grande por los políticos, al extremo de que prefiero no conocer gente de la política. Pienso que no me gustaría ni siquiera darle la mano a muchos de los políticos. Y veo, cada vez con más pesar, cómo todo se ha terminado por pervertir. Ya no hay ideologías. En el caso del país, estamos votando siempre por el menos malo. Nadie ve propuestas. Las propuestas son pragmáticas todas, son prácticamente intercambiables, con matices de diferencia entre unas y otras. Todo el mundo aquí acepta que la sociedad persista como está y lo que quieren son cierto tipo de mejoras de carácter menor, pero no sustancial. Planteamientos como los de la social democracia, como el que tenía el MSP, que no aspiran a demasiado, pero quieren mitigar los defectos de la organización social, me alejaron de la política. Todo esto es realmente triste.

Sentí una gran decepción, pero no son cosas en las que he pensado mucho. Ahora estoy tratando de razonar algunas cosas subjetivas, algunas impresiones, sentimientos. Lo que he hecho en esa dirección es sentir tanto desprecio que me he informado bastante menos de lo que antes me informaba. He dicho «esto tiene que pasar, tiene que cambiar» y, entre tanto, me entrego a las cosas que más me interesan, que son las inútiles: las artes. La literatura, la música, las artes en general.

La decepción que me produce esta realidad actual de la política, no solamente en el Perú sino en el mundo, el derrumbe de la utopía socialista, ha determinado en gran parte la actitud de la juventud después de la década de los ochenta, que es el desinterés por la política y la desconfianza total. Lo que se ha derrumbado también es la utopía, lo que se ha derrumbado es la idea de un futuro colectivo y todo esto ha sido reemplazado —porque el futuro y la esperanza van a subsistir siempre— por lo individual. Hoy en día lo que prima es lo individual. Luego de haber muerto la utopía, los jóvenes están pensando en otra cosa, en lo suyo, en lo personal. Todo esto alentado por los medios de comunicación.

Creo que las grandes cosas, los grandes movimientos, las grandes transformaciones son siempre alentadas por una utopía. Creo que la utopía no es solamente un conjunto de ideas, sino una construcción intersubjetiva que busca lo imposible. Creo además que, para trabajar y sacrificarse y dar la vida por un ideal, ese ideal tiene que ser inalcanzable. Esa condición, entre subjetiva y objetiva, lo liga profundamente también con los hechos estéticos. Construir una utopía es una construcción estética: la utopía de la sociedad que imagina, la convivencia que imagina, no solamente

es justa sino es hermosa. Este vínculo que tiene lo estético, lo esperanzado y la cosa ideológica es lo que sostiene y lleva a la gente a sacrificarse, a hacer todo lo posible por la obtención de eso que postula.

Eso también tiene un riesgo. Y el gran riesgo, para mí, es mayor cuanto más se piensa que aquello que se propone está fundado en la verdad. Tengo mucho miedo a la verdad, a la verdad de las ideas, a la verdad de los principios, de las ideologías, de las religiones. Porque si uno está absolutamente convencido de que lo suyo es la verdad, va a ser dogmático. Si yo estoy en la verdad, estoy en el dogma. Lo estamos viendo ahora con el fundamentalismo islámico. La verdad es peligrosísima.

A pesar de todo, lo que estamos viendo nos alienta de alguna manera. Este movimiento «Ni Una Menos» y los jóvenes que han comenzado a actuar también en la política, no partidariamente sino, lo que es más interesante, como grupos, sin nada formal todavía. Creo que lo que pasa es que lo que postula lo que se llama la izquierda —no las izquierdas actuales, reales, sino la izquierda en el sentido emocional—, lo que hace que la izquierda sea siempre la izquierda subsiste, en el fondo subsiste; es un humanitarismo, un idealismo, algo que quiere la justicia y la fraternidad, que es lo más alto que puede uno querer. Pero no tiene, hasta ahora, nada que lo represente, ni aquí ni en otras partes. La izquierda no tiene nada que decir, se ha quedado sin programa.

La política ha fracasado. Nadie tiene nuevos planteamientos. Se ha derrumbado el idealismo. El fracaso del socialismo realmente existente y la conversión de China, la gran potencia comunista, en capitalismo de Estado y su ingreso total a las prácticas del mercado internacional, están terminando de derrumbar la idea del socialismo. Eso ya no puede sostenerse, tiene que nacer algo nuevo, es lo que se está esperando. Supongo que demorará, es una formulación difícil. También tienen que morir los dirigentes actuales de la izquierda. Tienen que morir porque no han progresado un ápice, son unos imbéciles, fijate lo que está pasando con el Frente Amplio. ¡Son ciegos! Los izquierdistas que creen que hay que mantener a la izquierda protegiendo al imbecil de Maduro. ¿De qué estamos hablando, de qué ideas, de qué praxis? Nada. No podemos tener esperanza en ellos. Eso tiene que cambiar.

Esto podría llevar al pesimismo. Sin embargo, no soy pesimista, porque creo que lo que hay en la sociedad es una crisis muy profunda de las ideologías, como se ha dicho, pero que no es el fin de la historia este resignarse al mercado y al consumo. Me parece que hay algo que tiene que gestarse, porque la sociedad y el mundo mismo están experimentando un proceso de transformación muy profundo y muy complejo. La globalización va a terminar creando algo que todavía no sabemos qué es, pero va a ser muy diferente de lo que hubo. No puede ser una magnificación de lo antiguo y una consagración del capital, no. Ese es un hecho.

El otro hecho es este fenómeno de las migraciones, determinado por distintas causas, que va a producir una transformación social. Europa va a dejar de ser la Europa que conocimos y con ello va a desaparecer el eurocentrismo, la cultura va a modificarse, se está modificando ya. Por otra parte, la sociedad está progresando; a pesar de todo lo que se pueda decir, hay un progreso que está viéndose en la apertura y la admisión de la pluralidad, en una tolerancia creciente, que se ve a través del tema sexual. El reconocimiento de la homosexualidad es un avance importantísimo en el país, el que se admita y que la sociedad occidental se esté abriendo en ese sentido. Hay un crecimiento de la tolerancia, incipiente, pero no creo que retroceda.

Por donde mires, todo está cambiando profundamente y eso va a dar lugar a otras cosas, que me parecen para mejor. Si miramos la historia vamos a ver que estamos mucho mejor que antes, que no todo pasado fue mejor, sino todo lo contrario. Hay más justicia que nunca, a pesar de cualquier cosa. Hay un cambio de mentalidades que es favorable al progreso. Lo que pasa es que lo que se nos presenta más a la vista es el horror; lo otro no se ve bien. Pero lo otro va camino a una transformación, en todo sentido. Incluso en el sentido de la racionalidad misma. Creo que esto es un cambio muy profundo y creo que uno de los que ha avizorado mejor eso —hasta donde conozco, porque no conozco mucho esa bibliografía— es un peruano: Aníbal Quijano, que ha escrito varias cosas muy importantes sobre esto.

«LA CONSTRUCCIÓN
DE UTOPIÁS ES INHERENTE
A LA NATURALEZA HUMANA.
DE MODO QUE SURGIRÁN,
NUEVAS Y DISTINTAS».

No es el tiempo más propicio para la utopía, pero los gérmenes están dados porque se están derrumbando muchas cosas, muchas instituciones que parecían establecidas para siempre porque estaban sostenidas por la religión. Por ejemplo, el matrimonio. Fíjate que, en muy poco tiempo, en una sociedad conservadora como la nuestra, donde el *servinacuy* era para «esos cholos salvajes», ahora se practica en las clases más altas, se admite y ya está en la publicidad: «Venga con su novia a pasar sus vacaciones o una semana en Cancún». ¡Diablos! ¿Qué van a hacer un par de enamorados en Cancún sino acostarse? Eso es tácito y está admitido tácitamente. A partir de allí todo está cambiando muy rápidamente. Hay muchas cosas en ese sentido.

Creo que la construcción de utopías es inherente a la naturaleza humana. De modo que surgirán, nuevas y distintas, porque todo ha venido casi en una progresión de la misma línea, que llega de la Revolución Francesa. Estamos terminando un ciclo utópico y tiene que generarse otro. Me viene a la mente un político, que es el único cuyo discurso me ha interesado, entre todos los que conozco —conozco poco, no estoy atento a ellos, pero trato de averiguar qué es lo más importante—; de pronto he tropezado con el español Julio Anguita, que ha escrito *Contra la ceguera*. De casualidad lo encontré en internet como «el mejor discurso político del siglo, Julio Anguita». Me pareció tan bueno. Es un hombre del Partido Comunista Español que, sin embargo, no piensa como un comunista y no piensa como un hombre de la izquierda tradicional; piensa de otra manera porque no es un radical y su discurso es de apertura. Por lo menos un discurso renovador ha aparecido y está señalando ciertos caminos. Es el único ejemplo que conozco. Hay un germen, ahí están los fermentos para una renovación muy importante y muy grande. No la veré, pero está ahí.

No recuerdo a nadie, no tengo presente a nadie que esté transmitiendo este tipo de cosas. No hemos sabido transmitirlo. Debe haber libros en otros países; en el Perú nadie ha abierto la boca. Pero va a tener que darse. Tardará supongo unos cincuenta años pero va a darse a través de todos estos fenómenos nuevos que se están produciendo en nuestro tiempo. Incluso la actividad terrorista está produciendo un terrible rechazo de los fundamentalismos. Después de todo, la ideología del mercado está siendo una especie de fundamentalismo.

Han asesinado a Don Quijote; en todas partes han terminado por asesinar a Don Quijote. Y lo único que vale la pena defender —en todos los campos y especialmente, creo yo, en la política— es lo imposible. Hay que inducir a la juventud a que defienda lo imposible, que es lo que siempre han defendido los utópicos y en lo que han fracasado, por cierto. Pero algo se le arranca a ese imposible.